

Leyendo la identidad en *La distancia que nos separa*¹

Reading Identity in *The Distance Between Us*

PEDRO GARCÍA SUÁREZ

Universidad Internacional de La Rioja

España

pedro.garcia@unir.net

(Recibido: 05-03-2025;
aceptado: 04-11-2025)

Resumen. Este artículo analiza la relación entre lectura e identidad en *La distancia que nos separa* (2015) de Renato Cisneros, explorando cómo el protagonista reconstruye su identidad a partir de la lectura del pasado familiar y, especialmente, de la figura paterna. Desde un enfoque interdisciplinar —literatura, sociología, estudios de género y psicología— se emplea el Análisis del Discurso para examinar la performatividad de la lectura en la configuración de la subjetividad.

La investigación se sitúa en el marco de las patriografías, destacando cómo la novela se inserta en la literatura del yo y la memoria. La obra no solo reconstruye la imagen del padre, sino que revisa críticamente la masculinidad hegemónica, evidenciando la violencia, el silencio y la disciplina como elementos estructurantes de esta.

El artículo aporta una perspectiva innovadora al considerar la lectura como un acto performativo que transforma al sujeto. A través de la relectura del padre —y de los relatos heredados— Cisneros resignifica su identidad, pasando de una lectura de oposición e imitación a una de negociación. La investigación subraya la literatura como un espacio de reconfiguración identitaria, donde la autobiografía no solo reconstruye el pasado, sino que también opera sobre el presente del narrador.

Abstract. This article examines the relationship between reading and identity in *The Distance Between Us* (2015) by Renato Cisneros, exploring how the protagonist reconstructs his identity through reading his family's past, particularly the figure of his father. Adopting an interdisciplinary approach —drawing from literature, sociology, gender studies, and psychoanalysis— Discourse Analysis is used to investigate the performativity of reading in shaping subjectivity.

The study is situated within the framework of patriographic narratives, highlighting how the novel engages with first-person literature and memoir. The work not only reconstructs the father's image, but also critically examines hegemonic masculinity, revealing violence, silence, and discipline as structuring elements of male identity.

The article presents an innovative perspective by considering reading as a performative act that transforms the subject. Through rereading his father—and the inherited narratives—Cisneros resignifies his identity, shifting from a reading of opposition and imitation, to one of negotiation. The research underscores literature as a space for identity reconfiguration, where autobiography not only reconstructs the past, but also operates on the narrator's present.

Palabras clave: *La distancia que nos separa*; Renato Cisneros; identidad; lectura; performatividad.

Keywords: *La distancia que nos separa*; Renato Cisneros; reading; identity; performativity.

¹ Para citar este artículo: García Suárez, P. (2026). Leyendo la identidad en *La distancia que nos separa*. *Álabe* 33. DOI: 10.25115/alabe33.10512

1. Introducción²

Se abre esta investigación para esclarecer las relaciones que se dan entre lectura e identidad en la novela *La distancia que nos separa*, escrita por Renato Cisneros y publicada en 2015. En esta, el autor, en un gran acto de valentía y psicoanálisis, se sumerge en desentrañar la figura de su padre, ya fallecido, para entender la persona en la que se ha convertido. En una relación dialógica entre los hechos, los recuerdos y su lectura de estos, el antihéroe irá colocando las piezas perdidas de su identidad, construyendo un relato que, de alguna forma, le permita vivir en paz.

Desde hace ya bastante tiempo se ha abandonado la tradicional comprensión del ejercicio lector como una práctica pasiva, centrándose únicamente en la decodificación de un texto. Así, apunta Barthes (1994: 41) que “se leen textos, imágenes, ciudades, rostros, gestos, escenas, etc.”, tantos objetos que le resulta imposible “unificarlos bajo ninguna categoría sustancial, ni siquiera formal”. Desde su punto de vista, solo podemos encontrar en todos una intención: “la intención de leer”.

En esta misma línea, pero dando un paso más adelante, se posiciona Freire (2024: 94), quien comprende que existen tres momentos esenciales y determinantes en que la lectura actúa, en su amplia acepción, en la vida de una persona. Apunta que “la lectura del mundo precede a la lectura de la palabra, de ahí que la posterior lectura de ésta no pueda prescindir de la continuidad de la lectura de aquél”. Es decir, considera que “lenguaje y realidad se vinculan dinámicamente. La comprensión del texto a ser alcanzada por su lectura crítica implica la percepción de relaciones entre el texto y el contexto”.

En este marco conceptual, se mueve la tesis que venimos a defender en esta investigación, que es el poder de la lectura como ejercicio performativo. Concebimos el ejercicio lector como un proceso creativo que va más allá de la simple recepción de información. Trasvasando las ideas de Austin acerca de las propiedades de la enunciación, proponemos defender la existencia de esta misma cualidad en la lectura, centrándonos en uno de los elementos clave sobre el que gira el ser humano contemporáneo: la identidad. Para alcanzar este objetivo, desde una perspectiva interdisciplinar –tomando herramientas provenientes de campos tan dispares y tan afines como la sociología, los estudios de género, la literatura, la filosofía o la psicología–, haciendo uso del Análisis del Discurso, nos introducimos en la novela de Cisneros para comprender, desde la perspectiva del narrador-autor, cómo la lectura del padre –y, de forma secundaria, de otros intertextos familiares– marca, en una relación dialógica, quién es y la forma en que se vincula al mundo.

Como bien explica Teicher (2019), la trama de esta obra gira en torno a la búsqueda del autor del pasado de su familia después de una sesión de psicoanálisis. A partir de este momento, veremos una combinación de dos recuperaciones, ya que integra esa recuperación de la memoria familiar en la memoria histórica, intentando esclarecer la figura política de su padre durante los años en que ejerció el poder –reflejando así la situación

² Este artículo se enmarca dentro del proyecto de investigación “Lectura, identidad, cuerpo y emociones” (PPI16_25) del Grupo de Investigación LECTUNIR de la Universidad Internacional de La Rioja.

de Perú durante las décadas de 1980 y 1990—. Sin embargo, en este trabajo, únicamente vamos a poner el foco en la memoria familiar, ya que nuestro objetivo es el de esclarecer cómo la novela refleja la forma en que se configura la identidad del protagonista a partir del ejercicio lector.

2. Autobiografías, patriografías y *La distancia que nos separa*

Si algún género literario ha proliferado especialmente en las últimas décadas, ese es el de la autobiografía. Hablamos aquí de autobiografía en vez de autoficción³, que es como realmente define el autor su obra, por dos razones. Una de ellas es bien vista por Amaro (2017: 97), y es que el autor opta por este segundo concepto para protegerse de las consecuencias que pudiera tener su testimonio en su familia. La segunda es que comprendemos que no puede existir autobiografía sin autoficción, ya que solo desde la construcción del relato individual y subjetivo, y, por la tanto, desde la ficción –entendiendo, desde una perspectiva posmoderna, que no existe una verdad objetiva, sino un conjunto de subjetividades–, puede existir una autobiografía. Asimismo, el concepto que realmente nos interesa, dado el objeto de estudio, es el subgénero de la patriografía.

En un mundo fragmentado, carente de certezas, frágil y predominantemente virtual, el ser humano se hace preguntas existenciales persiguiendo la creación de un relato que otorgue sentido a sus vidas. En la línea de Bauman y Bordoní (2016: 104), la posmodernidad puede ser definida como “un momento de desorientación generalizada en el que se observa una desbandada caótica para ponerse a cubierto ante un contexto social que ha perdido su definición, su estabilidad, su fiabilidad y su certeza”.

Así, Lyotard (1992: 1) encuentra en la llegada de la posmodernidad, dejando atrás la modernidad, lo que denomina “el problema del sentido”. El “gran relato” que gesta la modernidad, caracterizado por la objetividad y la universalidad, se resquebraja en su confianza y, de esta forma, nos adentramos en la posmodernidad, con sus miedos y sus fracturas.

No extraña entonces que, ausentes de esas certezas colectivas, los seres humanos cambien su mirada y la dirijan hacia dentro. Ahora bien, por mucho que la labor de construir una identidad personal se torne imperiosa, lo inestable dentro del escenario en que se mueve convierte a esta misión en una perpetua batalla. Como expresa Bauman (2003: 55), las identidades son tan cambiantes que suelen llevar a la “contradicción”, por lo que “deben ser lo suficientemente sólidas para ser reconocidas como tales a la vez que lo suficientemente flexibles para no limitar movimientos futuros en circunstancias volátiles de cambio permanente”.

Una vida líquida dispuesta para desarrollar esta misión. Todo un proyecto en busca de una identidad que, según Bauman (2007: 151), “es una condena a realizar traba-

³ El concepto de autoficción fue acuñado por Serge Dubrovsky después de la lectura de *Le pacte autobiographique* de Philippe Lejeune como forma de contraposición al género autobiográfico, ya que concibe la autoficción como una mezcla entre la narrativa de ficción y la autobiografía.

jos forzados de por vida”. Pese a la visión pesimista de este, hay autores como Maffesoli (2007) mucho más esperanzadores. Este propone el concepto de “persona plural” (266), sustituyendo identidad por identificación, y asevera que “hay algo de monoscópico en la identidad, algo que no permite ver la plenitud de la realidad, mientras que la multiplicidad de aperturas nos permite acceder a ella” (237).

Y nada mejor para alcanzar este objetivo a través de la literatura que hacerlo a través de la autobiografía. Un género en el que, como apunta Capella (2013: 122), las distintas historias se convierten en documentos personales y esto permite observar cómo la persona construye una narración respecto a sí misma y a su vida, permitiendo acceder así a la identidad narrativa. Una identidad narrativa definida por Ricouer (1999: 215) como aquella “que el sujeto humano alcanza mediante la función narrativa”. Y es que, como asevera Bruner (1991; 1994; 2004), nos construimos nuestras vida y vivencias a través del relato, de la narración.

Es una novela acerca de él o de alguien muy parecido a él, escrita por mí o alguien muy parecido a mí. Una novela no biográfica. Ni histórica. No documental. Una novela consciente de que la realidad ocurre una sola vez y que cualquier reproducción que se haga de ella está condenada a la adulteración, a la distorsión, al simulacro. (Cisneros, 2021: 20)

Dentro de este género, una de las ramas más interesantes que han surgido en el siglo XXI –aunque ya existe algún precedente pionero en el siglo XX– es el de las patriografías. A caballo entre lo autobiográfico y lo biográfico, en estas obras “se encuentran al menos dos vidas: la del hijo (el biógrafo) y la del padre (el biografiado)”. Son obras que tratan “de una relación o de un nosotros: el que conforman el hijo y el padre” (Fontana, 2023: 2).

Asimismo, esta relación se complica más si la relación entre los dos protagonistas se da en ausencia. Si se aborda una “relación póstuma”, “se trata de algo más enmarañado”. Explica Fontana (2023: 3) que esto sucede porque “el vínculo preexiste no solo a la escritura sino incluso al proyecto de escribir”. De esta forma, “escribir sobre el padre implica para estos hijos prolongar esa relación preexistente [...] El texto biográfico es un lugar para que esa relación de dos siga ocurriendo”.

3. En busca de una identidad fragmentada

Para comenzar, baste apuntar que el autor se decide a escribir esta novela para arreglar uno de los aspectos más relevantes de su vida: su identidad. Va a tratar de componer un relato que le permita definirse frente al intertexto más influyente en su desarrollo: su padre. Un padre que, desde el análisis lacaniano, tiene la función tan importante de presentar al hijo al mundo. Así se expresa en la novela a la que nos enfrentamos: “aun cuando el sujeto surge en el mundo por el deseo materno, se estructura a sí mismo a partir de la identificación y la transferencia con la figura paterna”. En esta línea, asevera

que “es el padre es el que determina su identidad. Del vientre de la madre se incorpora a la cultura gracias al padre. Es el padre quien lo encamina, quien lo dota de lenguaje”. Frente al amor y la seguridad de los que le dota la madre, el padre “le da las herramientas para ocupar un lugar en el mundo” (Cisneros, 2021: 25-26).

Ahora sé que lo que va a decirme esa mujer de ochenta años que me espera allí dentro modificará para siempre al Gaucho que hasta ahora conozco, y sé que voy en busca de ese relato para acabar con mi padre de una vez por todas, para sacármelo del espinazo, del centro de la angustia visceral que me persigue y colocarlo donde pueda aprender a amarlo nuevamente. (87)

Solo será capaz de vivir tranquilo si comprende “Quién era él antes de mí. Quién soy yo después de él”. Su misión va a ser la de entender su influencia antes y después de su muerte en él: “Si consigo entender quién fue él antes de que yo naciera, quizá podré entender quién soy ahora que está muerto. Es en esa dos titánicas preguntas en las que se sostiene el enigma que me obsesiona” (74-75). Asimismo, y lo más interesante, es que no se queda en el intertexto principal, si no que se plantea la huella de los textos previos que han influido en su padre y, de manera directa, en su persona –“reunir a esos hombres intermedios”⁴: “¿Cómo sé que lo que mi padre me transfirió no le fue transferido?” (74).

Nuestro protagonista es consciente de la impronta que tuvo su abuelo en la configuración de la identidad de su padre, por lo que considera que debe “explorar también la relación que él tuvo con su padre, del que casi no hablaba o del que hablaba llorando”. Y es que “¿Cuánto han hecho los hijos Cisneros por saber algo, algo real, del padre que les tocó? ¿Cuántas cosas vivieron de niños que no perdonaron de adultos?”. Una identidad muy relacionada con la paternidad: “¿Cuántas cosas vieron siendo hijos que no metabolizaron bien y que no contaron cuando les tocó ser padres? ¿Cuántos de ellos se han muerto rumiando sospechas amargas sin confirmarlas o desbaratarlas, sin poder atribuírselas a nadie ni a nada en concreto?”⁵. Necesita “desenterrar esos cadáveres amontonados, sacarlos a la luz, diseccionarlos, practicarles una autopsia general. No para saber qué los mató, sino para entender qué diablos los hizo vivir” (74-75)⁶.

Una paternidad que, al igual que su identidad, también parece proyectarse de formas distintas sobre sus hijos. Mientras que el protagonista solo pudo ver un padre que define como “el castigador, el disciplinario, el docente, el tutor”, su madre y sus hermanos “describen a mi padre de un modo distinto. Los rasgos buenos y malos que ellos destacan yo también los veía, pero conmigo mi padre tenía otro modo de ejercer la paternidad” (341)⁷.

⁴ Curiosamente, al contrario de la decisión que el protagonista percibe que tomó su padre frente a su vida: “Sabía de qué grietas venía, pero jamás quiso ahondar en ellas” (176).

⁵ Como apunta Teicher (2019), “El hijo, último eslabón de la cadena, se presenta como el que rompe el silencio familiar, que aclara el pasado e intenta comprender la historia de la que procede”.

⁶ “Hay *algo* que los autores de las autonovelas están *buscando*. Intuyen (en distintos grados según autores) que la historia familiar les desvelará *algo* de sí mismos. La búsqueda del yo, aunque ese «yo» se asuma como una ficción sostenida por el lenguaje, es una búsqueda legítima: la desnudez de los símbolos no significa que la búsqueda sea estéril, que no se *pueda* seguir usando el lenguaje para intentar superar esas contradicciones” (Rodríguez Gallardo, 2020: 764).

⁷ La importancia de la paternidad en relación con la configuración de la identidad será desarrollada en apartados posteriores.

Carrillo Trujillo y Revilla Fajardo (2006: 105) explican que “la identidad surge en un contexto de relaciones con otros: se adquiere la identidad conforme uno se identifica con otros, se asume distinto a otros y va comprendiendo el papel que desempeña ante ellos”. Esta identidad es, además, cambiante en su relato. La muerte produce una lectura radicalmente distinta de la que tenía, produciendo un posicionamiento del héroe nuevo frente al padre. En vida, “tú mismo circulas, repites y defiendes sucesos de la vida de tu padre que jamás viviste ni estudiaste ni pudiste comprobar”. Solo la muerte “te ayuda a corregir las mentiras que escuchaste desde siempre, a canjearlas, no por verdades, sino por otras mentiras, pero mentiras más tuyas, más privadas, más portátiles” (Cisneros, 2021: 74).

De esta forma, es consciente de la forma tan poliédrica en que su padre proyectaba su identidad. Entiende que “puso en marcha una constelación de identidades múltiples”, teniendo cada una de esas caras “personalidades y escondrijos particulares”. Si encuentra algo transversal o esencial en todas ellas “probablemente haya sido esa zona en la que sus seres múltiples confluían o se intersecaban como en una teoría de conjuntos” (297).

Desde luego, no cabe duda de que los inicios de su identidad se configuran por una lectura en oposición a esa figura paterna. Cuanto “más hermético” era, “más endemoniadamente fuerte y seguro de ti mismo te sentías”. En contraposición, el protagonista se adhiere “a lo débil, lo vulnerable, lo errático, lo que parece estar destinado al traspie” (378). Como aseveran Carrillo Trujillo y Sevilla Fajardo (2006: 105), “las relaciones que se establecen desde la infancia van formando la propia autoimagen. El yo se construye a partir de la internalización de imaginarios que dicen cómo se debe ser. Es introducido desde fuera”.

Mi madre no era el problema. Ella siempre estuvo allí. Su amor estaba garantizado. Nunca me abandonaría. Tú no. Tú eras el mítico. El utópico. El que salía en los diarios. El que usaba ese uniforme que también era una envoltura. Tú eras al que yo necesitaba conquistar. Mi madre era real, de carne y hueso, no aparecía en la televisión. Era un trozo tangible del mundo. Una roca. En cambio, tú eras, ya desde entonces, una luz titilante, veloz e inasible. (Cisneros, 2021: 378)

A tal punto llega ese diálogo con la lectura de un padre al que necesita conquistar para conseguir esa validación, que tiene la impresión de seguir “siendo un ser construido por él”, “actuando según sus dictados”. Concluye con la creencia de que “Mi padre era un escritor que no sabía que era escritor, y todos los demás y yo fuimos personajes que deambulábamos en ese intenso libro suyo que era la casa de Monterrico” (351).

4. La lectura póstuma y la transformación de identidades

Como ya hemos ido adelantando, la muerte resulta un acontecimiento fundamental a la hora de abordar las relaciones entre lectura e identidad. El relato previo a esta, tanto de su identidad como de la de su padre, da un giro completo abriendo un campo

a ese ejercicio de lectura performativa que le sumerge en esa búsqueda, marcada por la desazón, la inseguridad y la necesidad de construir un nuevo relato al que aferrarse para conseguir esa certeza que le permita (re)construirse de nuevo.

Cuando mi padre murió en 1995, murió toda aquella seguridad. Aparecieron entonces el miedo, las carencias, la vulnerabilidad, la necesidad de buscar salidas por nuestra propia cuenta. No solo viví un lento desmoronamiento interno, sino que se afectó mi relación con el gran entorno que me envolvía. (291-292)

La muerte del padre es descrita como un hecho fundamental para dos acontecimientos. Por un lado, para realizar la transición hacia la madurez, y así asegura que “la muerte del padre despierta al hijo” y, por ello, despertó, se sintió “grande, mayor. A la fuerza” (382). Lo interesante es que, a pesar del dolor, lo entiende como una oportunidad para ser él mismo, lejos de las limitaciones o contradicciones que encuentra en la figura de su padre: “Si hubieras vivido más tiempo, habría crecido más influido todavía. Lo mejor que hiciste por mí fue dejarte morir” (383).

Frente a esta oportunidad, la reacción es ambivalente, ya que, desde el trágico acontecimiento, siente que tanto él como sus hermanos han “almacenado algún tipo de ira, de rencor, de locura”. Y es que “nadie puede salir ileso de una muerte capital cuyos efectos se expanden indeterminadamente, y nosotros no hemos sido ni seremos la excepción” (140-141).

El personaje que más favorecido sale de este hecho es su madre, que da un giro completo a su vida: “«El día que tu papá murió, yo nací»”. Se convirtió en otra mujer, “una mejor mujer, diría, una mujer más fuerte, despojada de candidez”. Nuestro protagonista, entonces, percibió “el eco de un renacer liberador antes que el de una emancipación resignada” (142).

Lo cierto es que, para mal o para bien, su trágica muerte hace desaparecer el núcleo sobre el que giran sus vidas, ya que se encargó, durante toda su trayectoria vital de que “todos orbitáramos alrededor suyo, y esa dependencia era tan absoluta y crucial que nadie se tomó nunca el trabajo de pensar en el desastre que significaría su desaparición”. Todo desaparece y, por lo tanto, “los cambios interiores que te tomaría una década asumir te son implantados de golpe: envejeces de un tirón, tus facciones oscurecen” (374).

Asimismo, la muerte del padre no solo es el motor que inicia esa búsqueda de la identidad del padre y de sí mismo, sino que hacerlo a través de la literatura supone un (re) configuración de su figura, poniendo en orden el relato de su cabeza: “Aquí he engendrado al Gaucho, dándole su nombre a una criatura imaginada para convertirme así en su padre literario”. Concibe la literatura como una práctica performativa, definiéndola como “la biología que me ha permitido traerlo al mundo, a mi mundo, provocando su nacimiento en la ficción” (373-374). Como explica Rodríguez Gallardo (2020: 60-61), “se tiende a interpretar la identidad como algo que se forma fuera de cada uno, pero lo que se subraya aquí es su naturaleza narrativa, dentro de una representación que sucede dentro de cada uno”.

5. Masculinidad leída, masculina (re)construida

Uno de los aspectos de esa identidad leída en que más va a influir la figura de su padre –y por ende, la de genealogía masculina que lo acompaña– es la comprensión de la masculinidad. Como apuntan Carrillo Trujillo y Revilla Fajardo (2006: 107), “la identidad masculina, entonces, se adquiere en el proceso de diferenciación con la madre y el mundo femenino”. Los hombres “aprenden lo que no deben ser para ser masculinos antes que lo que pueden ser”. En definitiva, una gran cantidad de niños “definen de manera muy simple la masculinidad: lo que no es femenino. Todo esto en un contexto social que subvalúa lo considerado femenino, y en el cual el poder y la autoridad son considerados masculinos”.

De esa consciencia sobre esta predeterminación llegan esas “preguntas que provienen de esa región de negruras que jamás supo cómo explorar” y cuyas respuestas ya resumen los pilares principales en que se va a basar esa forma en que le enseñaron cómo ser hombre:

[...] quizá porque había recibido lo mismo de su propio padre: disciplina y distancia; protocolo y ausencia; conciencia del deber; de la fuerza de voluntad, de la conducta; visión responsable del porvenir, y debajo de todo eso un amor fallido o torpe, hecho de cartas y dedicatorias, de versos y canciones de palabras ampulosas y retóricas, pero vacío de abrazos, de proximidad, de un calor que pudiera dejar rastros visibles un siglo más tarde. (Cisneros, 2021: 39)

En esta lectura que nuestro protagonista hace de la masculinidad resalta la contradicción. Por un lado, se encuentra su percepción: “Desde donde yo podía mirarlo, mi padre era la persona más infranqueable que podía existir en la Tierra”. Lo veía como “Un muro. Una fortaleza. Un búnker”. Un hombre que “Vivía seguro de sus palabras, seguro de sus actos, seguro de su moral, de su identidad, de sus decisiones, seguro de no equivocarse nunca”, por lo que “El miedo y la duda eran figuras de niebla que se pasaban de largo” (44).

Las mismas versiones que siempre sonaron certeras, suficientes, se vuelven confusas, contradictorias, no encajan, colisionan estrepitosamente con las ideas que la muerte de tu padre ha ido fraguando en tu interior en el transcurso del tiempo, y que una vez puestas de manifiesto son como un sólido islote que tiene en ti a su único náufrago. (73)

Frente a su relato, se sitúa el de su abuelo, quien describe a su hijo como un niño “niño inferior, desorientado, tímido y violento”. Una descripción que, curiosamente, “coincide con la del muchacho de catorce años” que el narrador creía ser. Un niño “que recelaba de las sobremesas familiares, que se sentía lejano e impotente por no poder comunicarse con su padre”.

Mi abuelo refiere en el texto la necesidad de que todos sumen esfuerzos para «salvar a ese niño» que era mi padre. Me pregunto si mi padre alguna vez leyó esa carta. Pero más importante que eso: me pregunto si alguna vez llegó a sentirse a salvo de sus tormentos infantiles, tan parecidos a los míos, de los que nunca supimos hablar. (45)

Quedándonos con el relato del autor, algo que se puede comprobar es que el padre encarna todos los rasgos asociados a la masculinidad normativa. Uno de ellos es la violencia y agresividad que produce miedo en el hijo. Esto provoca que jamás pudiera enfrentar a su padre: “Sus gritos, su mirada (por Dios, su mirada) me desarticulaban automáticamente. Solo tengo registro de una vez que me empeciné en responderle” (56). A este respecto, explican Carrillo Trujillo y Revilla Fajardo (2006: 115) que “muchos hombres no se sienten próximos a sus padres (varones)” ni “reconocen o recuerdan muy poco haber sido besados, mimados o abrazados por él, aunque sí recuerdan sus castigos y golpes”.

Una violencia que va de la mano de la dominancia. Para preservar su poder, se yergue frente al hijo. Se acuerda perfectamente de que “Él podía defender sus ideas ante cualquier auditorio, pero no me permitía exponer las mías ni discutir sus decisiones tajantes”. Cuando hablaba, “Menospreciaba mis argumentos y me obligaba persistentemente a reconocerlo como autoridad máxima, desarrollando una rara ortodoxia de castigos ejemplares”. Asimismo, asevera que “Lo que más me confundía o enojaba o deprimía era ver y sentir que su implacable drasticidad estaba dirigida únicamente a mí, no a mis hermanos” (Cisneros, 2021: 58).

Quizá, pienso ahora, la obsesión de mi padre por formar mi carácter profiriendo gritos tan estruendosos que a veces obligaban a mi madre a espetarle cosas como «La casa no es tu cuartel» o «Mi hijo no es tu cachaco», esa obsesión, digo, quizá nacía de la necesidad de probarse a sí mismo y probar a los demás que podía ponerle márgenes siquiera a alguno de sus seis hijos, y que podía inspirar respeto en algunos de los más chicos después de fracasar con los más grandes. Yo fui el hijo varón que sacó el boleto ganador en esa discutible lotería. Y aunque mi padre consiguió a la larga que lo respetara —o le temiera—, su necesidad de dominar agrietó nuestro vínculo. (59)

Un patrón que, posteriormente, nuestro protagonista va a reproducir en el momento en que asume el papel de padre con su hermano. Al comenzar a ejercerlo, comenzó a “corregirlo, a ofrecerle un modelo de autoridad” y, por ello, desechó “el gen natural de nuestra amistad”. Le queda claro que “Facundo no solo se quedó sin padre a los trece, sino que también perdió a su hermana y a su hermano, convertido ahora en un injerto de padre” (141). Y es que, siguiendo las ideas de Kimmel (1997: 3), “la definición hegemónica de la virilidad es un hombre en el poder, un hombre con poder, y un hombre de poder”. Se asemeja la masculinidad “con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable, y ostentando control”. Las definiciones “de virilidad que hemos desarrollado en nuestra cultura perpetúan el poder que unos hombres tienen sobre otros, y que los hombres tienen sobre las mujeres”.

De hecho, literariamente, aparece explícitamente en la nota del autor con la que inaugura la novela. Especifica que no solo la escribe como una cuenta pendiente consigo mismo, sino también para entender “cómo la violencia y el silencio se volvieron parte fundamental de nuestra herencia generacional” (Cisneros, 2021). Expresa Bonino (2002: 10) que la masculinidad hegemónica es “un operador marcado por la dicotomía y la desigualdad, por lo que la oposición e inferiorización de los otr@s no masculinos se transforman en elementos fundamentales en su construcción”. Para que exista una normatividad, debe haber una marginalidad, por lo que “genera la creación de otr@s subordinad@s y opues-t@s, de los cuales necesita para reafirmarse”.

Otro elemento muy asociado a la masculinidad normativa es la escasa o nula gestión de las emociones, algo que es muy palpable en la novela en torno a la figura del padre. Este solo es capaz de expresarse por escrito y contemplaba las palabras como “el lugar del afecto, la región donde los sentimientos anulados en el día a día aparecían y cobraban forma”. La relación afectiva con su hijo la construía a través de las cartas. En estas, era su “amigo”, fuera de estas “imponía su dureza y dejaba asomar el témpano de su autocracia”. En el tiempo, nuestro protagonista aprendió “a querer al hombre que las escribía mucho más que al hombre que vivía fuera de ellas. En estas cartas –aunque fueran dos o tres– dejaba de ser el Gaucho Cisneros y volvía a ser el chico lleno de grietas y rajaduras que preocupaba a mi abuelo” (Cisneros, 2021: 46).

Un último elemento que resalta en la obra en relación con el género es la sexualidad. El padre, que durante toda su vida había disfrutado de una heterosexualidad exultante, no estaba dispuesto a consentir que su hijo pudiera asumir cualquier otro tipo de sexualidad que no fuera la normativa. Esto se observa en una escena en que el autor, en su infancia, invita a un amigo a dormir en su habitación. En respuesta, fruto de una posible cavilación acerca de la homosexualidad de su hijo, le llama a su cuarto y, cuando entra, “me recibió con un golpe. Una cachetada seca, compacta. El golpe, duro e inesperado, me tumbó al suelo. Nunca podré olvidarlo”. Considera que su padre explotó al pensar que “que su segundo hijo varón era o estaba camino de ser homosexual, igual que esos queridos hermanos suyos, y acaso pretendió corregirlos a ellos a través de mí, y acaso golpearme fue su única manera de hablar del asunto” (310-311)⁸.

6. Identidades marcadas por los diferentes tipos de lectura

Otro de los aspectos más relevantes que aparecen en la novela es la forma en que su lectura del padre va conformando quién es. Como relata, desde pequeño, el resultado de ese ejercicio lector va a ir dando lugar a diferentes resultados que, por ende, va a ir dando lugar a diferentes posicionamientos ante el mundo y las personas que lo rodean.

⁸ “Y a pesar de que al día siguiente me pidió disculpas con lágrimas genuinas, su golpe se quedó dentro de mí como un coágulo. Hoy, las veces en que me descubro violento o agresivo siento como si ese golpe aflorara y reverberara, como si ese golpe se apoderara de mí, y entonces me invade una antigua cólera, una furia que me cuesta apaciguar y colocar en un lugar donde no dañe a nadie, cual si fuese un explosivo potentísimo que hay que llevar mar adentro para que no estalle en medio de la civilización” (310-311).

¿Cómo pensar la identidad en un «medio fluido»? ¿Es posible una identidad «fluida»? ¿Significará liquidación total o licuefacción transitiva de la identidad? Welsch ha propuesto la idea de transversalidad para responder positivamente al reto de pensar la paradoja de la identidad concebida y experimentada en condiciones de movilidad, complejidad y pluralidad radicalizadas. Se tratará propiamente de una «identidad en tránsito» y de una identidad como tránsito, transitiva, transida, atravesada, transversal. Y a dicha identidad corresponde un sujeto repensado de otro modo. (Bermejo, 2012: 467)

Por ejemplo, cuando iba al colegio y algún amigo suyo le invita a su casa por primera vez, “esperaba con ansias el momento en que sus padres me preguntaran por los míos” –concretamente, por su padre–. Cuando llegaba la pregunta acerca de si era hijo del general Cisneros, ansiaba responder: “Sí, es mi papá, me vanagloriaba. Cómo me gustaba ese momento, qué seguridad sentía cuando la actitud de esos señores desconocidos cambiaba conmigo; sentía que de pronto me respetaban, y que les gustaba más la idea de que yo fuese amigo de su hijo” (Cisneros, 2021: 284). Es decir, existe una primera lectura legitimadora de aquellos rasgos que apreciaba en la figura paterna.

Una segunda forma en que su identidad queda marcada por esa relación dialógica con la figura de su padre es por oposición. Frente a sus restricciones, violencia e imposiciones, nuestro antihéroe se vuelve “poco comunicativo, huraño e hice que mi familia pagara los platos rotos de mi insignificancia”. Incluso esa oposición se refleja en su cuerpo; concretamente, en su forma de vestir⁹. Para castigar a su padre, le robaba sus gorras militares de campaña y, entonces, “me las encasquetaba al revés, con la visera en la nuca, me ponía los jeans más viejos y holgados y deshilachados que tenía, jeans rotos que él odiaba que yo luciera, y salía a las calles así, convertido en un soldado zarrapastroso”. Asimismo, en esa época, escribía a su padre “cartas llenas de preguntas furiosas que quedarían sin respuesta en un cajón”, las cuales encuentra en su primera mudanza posterior a la muerte y rompe, “llorando con unas insoportables ganas de engullirlas y de morirme atragantado por ellas” (60)¹⁰. Una venganza por no poder hacerse cargo del dolor que la situación que le generaba y que, posteriormente, en su madurez, volverá a aparecer: “Y abracé la incertidumbre que sentí a los dieciocho, y volví a ser –para desgracia mía y de aquellos a quienes acompañaba y, se suponía, debía consolar– un adolescente herido, pasmado, incapaz de reaccionar con propiedad y madurez” (370).

Un adolescente consciente del peso que ejercía sobre su evolución las expectativas paternas sobre su futuro. Recuerda que “quería que yo escribiera como su padre y su abuelo, que no me desbordase ni me saliese del cauce por ellos demarcado: esa erosión

⁹ En relación con esa focalización en el cuerpo y la vestimenta, comenta Rodríguez Gallardo (2020): “Si se narra el cuerpo, que parece ser lo más íntimo, lo más pegado al sujeto, en fin, el sujeto mismo, se acaba narrando el modo de relacionarse con una misma o con uno mismo, con el entorno y con las representaciones que se hacen de todo ello” (93).

¹⁰ Esa relación de rebeldía también aparece en más momentos de la novela. Por ejemplo, cuanta que, como su padre no le dejaba jugar con sus adornos, cuando salía, “lo primero que yo hacía era bajar a su estudio y jugar con los adornos por el puro placer de desobedecerlo”. Otro aspecto más interesante aún es que hay otra razón subyacente, que realmente muestra el objetivo final de su desobediencia: “Tocar sus objetos era también tocar su mundo, ingresar a través el tacto a zonas y paredes de su interior, esa gruta de tan difícil acceso para mis otros sentidos” (362-367).

de cuatro siglos que había determinado tantas vidas”. Por lo tanto, se dedica a escribir durante años para parecerse “lo más que pudiese a mi abuelo y a ver si así despertaba la admiración de mi padre, si lo veía rendirse ante mí por una sola vez” –lectura en imitación–. Percibe que lo consigue a través de la poesía, ya que “En todos los otros terrenos del conocimiento, su inteligencia y olfato de lobo me arrollaban, pero la poesía me dio superioridad, me permitió advertir la elementalidad de mi padre” (317-318)¹¹.

Probados todos los tipos de lectura y sus diferentes consecuencias, acaba cayendo en vacío que no es capaz de llenar. Ni se sentía “atraído por los absolutismos morales de mi padre ni por la practicidad ejecutora de mi madre”. Está convencido de que, entre las diversas opciones, su esencia debe estar en algún punto del medio: “Algo debía haber en el medio de esas dos visiones del universo y fuese lo que fuese yo quería asirlo, rodearlo, hacerlo mío, porque yo estaba en el medio, yo era de ahí”. Saber cuál es ese punto es lo que necesita comprender, porque “Algo sucede allí y desde siempre he necesitado saber qué es” (140)¹².

7. Sobre la lectura, los silencios y la necesidad de comunicación

Además de las cuestiones relacionadas con la identidad, aunque muy relacionado con esta, uno de los traumas principales que se quedan sin resolver con la muerte es la imperiosa necesidad de comunicación y diálogo que siempre quiso tener con su padre y que nunca tuvo. Quizá por ello, pese a toda la presión y la violencia ejercida contra él, después de su fallecimiento, no va a ser capaz de configurarse en su autonomía, buscando “distintas prótesis de padre. Modelos que resultaban opuestos al original” (380).

Incluso en los momentos en que la fama de su padre la sentía como un motivo importante para sentirse orgulloso, percibía que esa popularidad lo alejaba de él. Como adolescente, “no quería un padre popular. Quería uno que me hablara más, que me preguntara cosas. Que me educara y sobre todo que me maleducara”. Necesitaba una figura paterna que lo que estaba sucediendo dentro de su cabeza”. Puede ser que esta sea la razón por lo que nuestro protagonista piense que lo mismo era porque este “necesitaba otro hijo, uno menos apegado a las faldas de su madre, un hijo menos tímido, o menos arrebatado”.

Éramos amigos, pero de esa clase de amigos que no profundizan en sus sentimientos. Yo lo amaba porque era mi padre, pero podía detestarlo cuando me trataba como un subalterno, o cuando exhibía en la casa sus putos ademanos de bravucón famoso, o cuando abundaba en ridículos gestos de

¹¹ Se advierte aquí la importancia que la escritura tiene en toda la genealogía masculina, ya que no solo actúa como profesión heredada, sino como cauce de la escasa gestión emocional.

¹² “Caminaba, reía, argumentaba con materiales de otros. Eso me daba una provisoria fortaleza exterior mientras por dentro mi inseguridad se expandía como la espuma sucia de una playa por la tarde. A veces quisiera tener –debajo de todas las características que me son innatas– una personalidad como la que aseguran que mi padre tenía. Más «definida»” (177).

vanidad, ufanándose de la repercusión internacional de alguna opinión suya, o de haber sido el más aplaudido en alguna mesa redonda. (285)

Toda su voluntad se enfocaba en llamar su atención, buscando, dentro de ese laberinto inexpugnable que para él era su padre, rendijas por donde pudiera filtrarse (319). Considera la existencia en su padre “una especie de cerradura que no conseguía abrir, de jeroglífico indescifrable, de caja fuerte cuya combinación, sentía, me tomaría siglos encontrar”. Por ello, no entendía que pudiera coexistir en la misma persona una gran vehemencia y violencia como un “llanto ante situaciones muy específicas” (329).

Solo había una cosa que parecía abrir esas grietas de su padre, y esta era su padre muerto. Cada vez que este lo recordaba, los recuerdos “alborotaban todo, desordenaban todo. El fantasma de mi abuelo lograba eso”. Sin embargo, era incapaz de hablar de lo que le removía. Así, “uno tenía que interpretar cuándo ese llanto era nostalgia y cuándo reproche, y sin preguntar porque preguntar era volver sobre una herida” y “el Gaucho Cisneros no toleraba que le tocaran las heridas. Las heridas, sostenía, se curan solas” (329-330).

8. Conclusiones

Una primera conclusión a la que llegamos una vez hecho todo este recorrido es que la lectura se yergue en un pilar fundamental a la hora de alcanzar el propósito que le lleva a escribir esta novela: la búsqueda de un relato coherente sobre su padre que le permita liberarse de su influencia y poder vivir en paz. La lectura de los recuerdos, de los testimonios que va recopilando y de la memoria histórica le permiten sumergirse en ese ejercicio de escritura y psicoanálisis para poder encajar las piezas del puzzle que vagan por su cabeza produciendo un caos paralizante. Apunta Lacan (2009: 36): “the subject not insofar as it produces discourse but insofar as it is produced [fait], cornered even [fait comme un rat], by discourse”.

Si bien es cierto que, una vez terminada la obra, el lector se queda con ganas de conocer más del resultado posterior en relación con su identidad del relato que construye –nos ofrece poca información al respecto, excepto la performatividad que va a permear en su comportamiento de adulto: “Me gusta ser hijo de esa actuación. A veces, más que vivir, creo que actúo. Supongo que se lo debo” (Cisneros, 2021: 143)–, sí que descubre que llega a conseguir lo que se propone, aunque el resultado inicial sea el vacío:

Siento por eso satisfacción y vacío; la misma sensación de orgullo y pena que me asaltó al visitar a Ema en Mar de Plata, la sensación de que con cada nuevo relato y fotografía obtenidos asesino al hombre que fue mi padre y compongo una versión suya en la que por primera vez puedo mirarme. (105)

Un vacío que, lejos de tener una connotación peyorativa, permite al narrador comenzar de cero, soltando así el peso que no le dejaba avanzar en libertad. Toda una vida oscilando entre la lectura de imitación y oposición, sin poder llegar hasta la construcción

de ese relato, hacia una lectura de negociación que le permita resignificar lo sucedido y, como consecuencia, construir una identidad propia –“Identidad es también necesidad de coherencia, es decir, de dar sentido. Se hace evidente entonces que la identidad requiere del relato. Sólo el lenguaje puede traernos el pasado y el futuro y apresar el presente”– (Vino, 2007: 139).

La identidad da, en primer lugar al individuo una noción de pertenencia; le da puntos fijos de referencia; en segundo lugar, le proporciona cohesión, la identidad da la posibilidad al individuo de relacionarse con el otro; le señala sus semejanzas; finalmente, también es exclusión, le permite confrontar su permanencia en el grupo o no y se va definiendo como el proceso de cómo ser. (Gallegos Argüello, 2012: 709)

Todo ello se observa muy bien en el pasaje en el que Cisneros, leyendo *La invención de la soledad* de Paul Auster, reflexiona acerca del relato que hace el autor sobre las hazañas de los personajes de Jonás y Pinocho para realizar un camino similar, esa búsqueda íntima de su padre: “Auster se pregunta o yo me pregunto: ¿Es verdad que uno debe sumergirse en las profundidades y salvar a su padre para convertirse en un hombre real?”. Siempre llega a la misma conclusión: “Cada vez que observo la foto, ese niño me ordena la misma misión ineludible: Lánzate al agua. Busca a tu padre” (Cisneros, 2021: 96-97).

El padre, de forma póstuma, y en la ficción, por fin es encontrado. La lectura ha conseguido mostrar su poder performativo, ya que ha logrado (re)construir, en la narración, los vacíos de una vida predeterminada por la falta de comprensión. Asimismo, un último aspecto muy interesante es que el poder performativo de la lectura no solo aparece en la construcción de ese relato en la novela, sino que, en realidad, se percibe como ha funcionado de la misma forma en toda la trayectoria vital de ese antihéroe, produciendo que fuera modificando su identidad, su comportamiento y su forma de vincularse al mundo en función de sus interpretaciones de esas lecturas.

Referencias

- Amaro, L. D. L. P. (2017). El discurso autobiográfico y la responsabilidad de los "hijos" en un contrapunto escritural: en torno a Los rendidos, de José Carlos Agüero, y La distancia que nos separa, de Renato Cisneros. *Cuadernos del CILHA*, 18(2), 95-119.
- Barthes, R. (1994). Sobre la lectura. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura* (pp. 39-50). Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z., y Bordoní, C. (2016). *Estado de crisis*. Barcelona: Paidós (ebook).
- Bermejo, D. (2012). Identidad, globalidad y pluralismo en la condición posmoderna. *Pensamiento. Revista de investigación e información filosófica*, 68(257), 445-475. <https://revistas.comillas.edu/index.php/pensamiento/article/view/983>
- Bonino, L. (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers féministes*, 6(1), 7-35. <http://dx.doi.org/10.6035/DossiersF>
- Bruner, J. (1991). The narrative construction of reality. *Critical inquiry*, 18(1), 1-21. doi: 10.1086/448619
- Bruner, J. (1994). *Realidad mental y mundos posibles: Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: Gedisa.
- Bruner, J. (2004). Life as narrative. *Social Research*, 71(3), 691-710.
- Capella, C. (2013). Una propuesta para el estudio de la identidad con aportes del análisis narrativo. *Psicoperspectivas*, 13(2), 117-128.
- Carrillo Trujillo, C. D., y Revilla Fajardo, J. A. (2006). Masculinidad entre padres (madre y padre) e hijos. La ventana. *Revista de estudios de género*, 3(23), 96-126.
- Cisneros, R. (2021). *La distancia que nos separa*. Madrid: Alfaguara.
- Fontana, P. (2023). La continuidad de un vínculo. Hijos y padres en la literatura argentina contemporánea. *Orbis Tertius*, 28(37), e266, 1-10. <https://doi.org/10.24215/18517811e266>
- Freire, P. (2004). La importancia del acto de leer. En *La importancia de leer y el proceso de liberación* (pp. 94-197). Madrid: Siglo XXI.
- Gallegos Argüello, M.D.C. (2012). La identidad de género: masculino versus femenino. En *Libro de Actas del I Congreso Internacional de Comunicación y Género* (pp. 705-718). Universidad de Sevilla.

Kimmel, M. S. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. *Masculinidad/es. Poder y crisis*, 24, 49-63.

Lacan, J. (2009). *My teaching*. Verso Books.

Lyotard, J.F. (1992). Qué es lo posmoderno. *Zona Erógena*, 12. <https://mercaba.org/SAN-LUIS/Filosofia/autores/Contempor%-C3%Ainea/Lyotard/Qu%C3%A9%20es%20lo%20posmoderno.pdf>

Maffesoli, M. (2007). *En el crisol de las apariencias*. Madrid: Siglo XXI

Ricoeur, P. (1999). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.

Rodríguez Gallardo, S. (2020). La construcción de la (s) subjetividad (es) en la autonovela familiar contemporánea: escritura, memoria y cuerpo en la literatura en español [Tesis doctoral.]. Universidad Carlos III de Madrid.

Teicher, R. (02 April 2019). “El acceso al pasado en el relato de filiación: testimonio y autoficción en La distancia que nos separa de Renato Cisneros” [Paper presentation]. Transformaciones del testimonio latinoamericano en el siglo XXI. Gand: Belgium.

Vino, N. (2007). Identidad y relato: una lectura del caso Bill. En XIV Jornadas de Investigación y Tercer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.